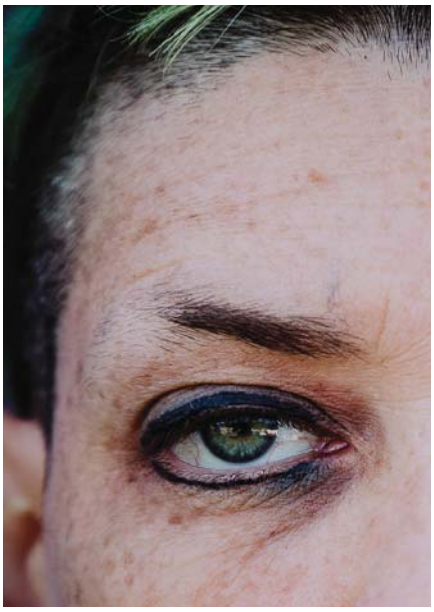

Serie "Miradas insumisas" (fragmento). Fotografía de Jesusa García Rodríguez.

Cuento: El clan de los hombres voladores

Reinaldo Cedeño Pineda
Escritor cubano/Unión de Escritores y Artistas de Cuba

No hay nada más allá. El río prohibido no tiene orilla. Detrás del acantilado está el fin. Se afirmó, se escribió, se inscribió como el dogma. El mundo se ha terminado.

Nault era un niño y como todo niño descansaba —ahora que podía— en su estera, al amparo de sus padres, bajo una casucha sin ventanas, con la puerta pegada al suelo. Se sintió sacudido por el brazo robusto de un hombre apenas vestido. Le indicaba que era la hora de construir el puente y luego de ir a recoger las cosechas, y más tarde asistir a la rueda del "Venerable". Ese hombre robusto era su padre y le enseñaba lo mismo que su padre le había enseñado a él y que éste a su vez lo había recibido del suyo.

Se fue a las canteras. Se vio con una soga atada a la frente tirando una enorme piedra, dos enormes piedras, tres. Sudaba a mares. Y luego a los campos drenados de cebada: la vaina, la lámina, la lígula, la espiga. Y al final, tras un breve descanso, a tomar lugar en el suelo, en semicírculo, junto a otros como él. El "Venerable" explicaba el mundo:

> Siempre había sido así y siempre será. Unos nacen con el corazón de rey y otros con el corazón de guerrero, el corazón de campesino, si se es hombre. O de sacerdotisa o esposa, si se es mujer. Todo está predestinado desde el principio de los tiempos. Nada puede hacerse. Nada más que confiar en el rey, que es sabio en todas sus palabras, que nunca sobran por muchas que fuesen, porque son palabras de rey. El mundo se acaba allí, justo en esas aguas que no tienen orilla.

Interpretextos
23/Primavera 2020, pp. 63-66

Y para remarcar sus revelaciones, besó el suelo.

Nault se vio jugando el juego que todos jugaban. Dos equipos se enfrentaban, uno venido desde algún lugar lejano, pero no demasiado porque detrás de las aguas nada había. No preguntó, ni nadie lo hubiera permitido, menos ahora que está en juego el honor de la ciudad. El rey bebía, saludaba eufórico con aquellos labios pálidos, con sus manos nervudas. Los ganadores serían invitados a las libaciones sagradas y un poeta cantaría las recientes hazañas.

No supo cómo, pero se dobló, se arrastró, llegó a su estera. Estaba exhausto. Mañana recomenzaría el ciclo: el puente y la cosecha y la rueda del "Venerable"; pero una tarde —siempre hay una donde todo comienza—, mientras secaba su frente y comía en su cuenco de madera —que después se averiguará qué—, vio a lo lejos que unos hombres dejaban sus correas, las enormes piedras y torcían por una senda en la espesura. Decidió seguirlos a prudencial distancia. El camino se cortaba en una violenta depresión. Les vio descender por las rocas escarpadas, perderse como por encanto.

No contó a su padre ni a su madre, no contó a nadie; aunque debió trabajar el doble cuando el custodio del puente advirtió su ausencia y, al regresar, dejó caer el palo de mando sobre su anatomía. Se cuidó de no repetir la excursión por muchos días, pero a la curiosidad no la detiene una muralla, qué iba a hacerlo un palo en la espalda. El camino prohibido resulta siempre "el camino".

El día ya se apagaba cuando corrió para llegar a las rocas y sintió cómo los filos laceraban su carne mientras descendía. Se pegó a las paredes hasta que halló la entrada. Se quedó inmóvil. Avanzó lentamente por una caverna hasta que oyó crepitar. Alrededor de una fogata, alcanzó a divisar a dos hombres que movían las manos constantemente. Se asustó cuando el eco le devolvió repetida una frase: "El clan de los hombres voladores… Vola… dores…", y no se arriesgó más. Era tarde, muy tarde para volver. Ensayó la entrada con los ojos tiernos y la cabeza ladeada. Inventó un malestar inexistente, mientras las palabras volaban en su cabeza.

El trabajo diario lo hizo con inusual soltura, como si las piedras que arrastraba no pesaran. Se está acostumbrando. Todos acaban acostumbrándose, comentó el resto con más desmayo que ironía;

pero ignoraban que esa tarde Nault había decidido volver a la gruta, aunque le fuera la vida en ello; o mejor no, mejor tendría cuidado.

No pudo aproximarse a la entrada. Adivinó unas sombras que depositaban otras sombras en la costa, entre los altos *yerbazales*. Fue lo que atinó a ver en la distancia, y ya no pudo más. Cuando entró a su cabaña, hizo la pregunta terrible.

El cuenco cayó del brazo del padre. La madre gritó: "¿Dónde lo escuchaste, hijo? ¿Dónde, Nault?" Y sin esperar respuesta alguna, se sintió halado hasta el fondo de la casa. En tono bajo, pero ríspido, le dijeron que "nunca, por ningún motivo, por nada de este mundo, nunca", mencionara a nadie lo de los hombres voladores.

—Van contra el dogma, y a quien repita lo que dicen le será cortada la cabeza, le será aplastada en la piedra más próxima al torrente y la familia será obligada a trabajar hasta la muerte.

Nault calló. Nault se volvió ciego, mudo y sordo. Sin embargo, las murmuraciones sobre cierta profecía le alcanzaron. Doblaban por cada esquina, traspasaban las puertas, se apacentaban en los rincones y ya no hubo manera de no escucharlas: "Cuando hable quien nunca despega los labios, el fin se acerca". Así decían que decía. Cada vez había más puentes que hacer y menos cebada que comer.

El Templo maldijo a los que ponían en duda el dogma. El rey habló, pero los labios ya no callaron más.

El caracol sagrado sonó tres veces. Tres integrantes del clan de los hombres voladores habían sido detenidos e iban a ser ejecutados. Fueron amarrados con los pechos frente a la multitud y tres verdugos empapados de negro, diestros, pasaron tres largos cuchillos. Tres era el número del poder. Rodaron las tres cabezas como pelotas truncas, aunque no pudo dejar de advertirse que los aplausos resultaron menos intensos que de costumbre.

Ahora perderían sus casas, sus tierras. Sus nombres jamás podrían ser mencionados. Ahora su familia estaba maldita y malditos quienes les ayudaran. Nault sintió que algo se abalanzaba también sobre su cuello y su padre lo apretó contra sí con una serenidad desconocida. Al llegar a casa, lo escuchó como si fuera la primera vez:

—Nada es eterno, hijo.

—Nada, repitió aquella quien era su madre.

Interpretextos
23/Primavera 2020, pp. 63-66

Y por primera vez comprendió el lazo que unía a aquellos seres tan diferentes, y sintió que los quería como nunca había sentido. El miedo acaba con el miedo, porque llena todos los rincones. La gente se va convirtiendo en el miedo que camina, el miedo que habla, hasta que un día descubre que ya no queda nada a que temer, porque se le ha temido a todo. Y se levanta.

Una madrugada, Nault se vio transitando por los desfiladeros. En una madrugada se funda un mundo, se evapora. Su padre iba primero y su madre detrás, custodiándole. Había sido un despertar extraño, sin palabras. Nault pudo reconocer otros rostros.

Aquellas sombras que viera en los *yerbazales* se corporizaron al alba como enormes canastos, trenzados con bejucos, con lágrimas, con brea. Los empujaron al borde de las aguas, hasta el acantilado. Se les vio besar las piedras ensangrentadas y saltar en ellos hacia el río sin orilla, hacia el fin.